

Capítulo 38 - - Luces Pálidas

- [Capítulo 38 - - Luces Pálidas](#)

Capítulo 38 - - Luces Pálidas

El sendero junto al acantilado era estrecho pero seco, y esa fue la única razón por la que lograron seguir con vida.

Corrieron hacia la oscuridad profunda, la débil luz de la linterna de Zenzele revelando una delgada franja del terreno por delante mientras intentaban escapar de la avalancha de piedras que caían. Cuando el camino giró bruscamente a la derecha, escondido en la ladera de la montaña, el noble Malani estuvo a punto de caer por el borde; Cozme lo jaló hacia atrás, casi cayendo él también cuando Ferranda se topó con su espalda. Si el sendero hubiera estado siquiera ligeramente resbaladizo, los tres habrían rodado al abismo.

“Cuidado,” gritó Angharad, jalando a la infanzona por el cuello para apartarla. “Necesitamos—”

Una columna de polvo se levantó a una docena de metros sobre ellos, lanzando rocas por los aires. Los once se habían agrupado en la esquina, apretados por la inercia, y les tomó un momento liberarse. Tupoc se adelantó, arrebatando la linterna de Zenzele y guiando con destreza el descenso. Angharad echó una mirada atrás mientras los demás comenzaban a moverse de nuevo, incrementando la velocidad por el sendero angosto, y frunció el ceño al ver que Shalini aún cargaba el cadáver de Ishaan a cuestas.

La Pereduri no hizo el intento de sugerirle que lo dejara en el suelo: la expresión en el rostro de la otra mujer no era una con la que se pudiera discutir.

“Vamos,” dijo en su lugar. “El alud nos está alcanzando.”

Volvieron a avanzar por la ladera del acantilado. La misma curva que casi los mató fue probablemente la única razón por la que aún respiraban, comprendió Angharad al escuchar un retumbante trueno en la distancia y sentir cómo una marea de muerte atravesaba el sendero por donde habían corrido hacía minutos. La mayor parte del alud se dirigía hacia la pendiente donde antes había estado el santuario, y había logrado evadirlo. Aunque, por supuesto, aún estaban en riesgo: no estaban fuera de peligro, ni mucho menos.

La primera piedra tenía el tamaño de un puño y rebotó contra el hombro de Yaretzi, quien soltó un gemido de dolor. Angharad vislumbró adelante, sintiendo que su sangre se aceleraba—había usado una visión antes, sabía que solo podía aprovechar un poco más del poder del Pescador antes de que eso le costara la vida—y se movió antes de que terminara la visión. Agarró a Song por el hombro y ambos se pegaron a la ladera de la montaña justo antes de que una roca del tamaño de un caballo rodara a su lado.

Un latido más y lo que quedaría de Song sería pasta roja y gritos.

“¡Allí adelante!” gritó Tupoc, con la voz sin un ápice de burla por primera vez. “Veo refugio.”

Así era, pues el sendero entre el acantilado se internaba en la montaña como un corto túnel—la pendiente del pico hacía las veces de pared y techo—y allí se apiñaron en la sombra, mientras la muerte retumbaba arriba. Esperaron, apretados bajo la protección, mientras las piedras y el polvo se deslizaban sobre ellos en ráfagas. No sabrían decir cuánto tiempo permanecieron en silencio, sin pronunciar palabra alguna. Finalmente, la tormenta pasó y sus respiraciones empezaron a resonar en el silencio que quedó.

“Creo que lo peor ya pasó,” dijo finalmente el señor Zenzele. “Mi linterna, Xical.”

“Procura no caer por otro acantilado,” aconsejó Tupoc con ayuda. “Así será más difícil que nos vean los demás.”

—Basta—, dijo con cansancio Angharad—. El peligro no ha pasado; otro deslizamiento puede comenzar en cualquier momento.

—Y partes del camino hacia abajo podrían estar bloqueadas por piedras—, añadió Song con gravedad—. No nos dejes en evidencia con los pantalones bajo las rodillas.

Zenzele Duma reclamó su linterna con una fuerza que superaba su derecho, pero todos hicieron como si no lo hubieran visto. Su odio hacia Tupoc era completamente justificado. Su grupo comenzó a descender nuevamente, no demasiado lentamente, aunque tampoco al ritmo temerario de antes. Como había previsto Song, el derrame había alcanzado el camino. En su mayoría pequeños fragmentos y montones de polvo. Pisaron con cuidado alrededor de astillas afiladas, enfrentándose a la dificultad cuando encontraron una roca más alta y más ancha que un hombre que se equilibraba precariamente en el centro del sendero.

—El espacio es demasiado estrecho para atravesarlo—, dijo Lan.

—De acuerdo—, respondió Song.

Angharad no discutió. En cambio, se volvió hacia Tupoc, llamando la atención de los ojos de Izcalli.

—Prepárate para tu lanza—, dijo. —La empujaremos fuera del borde juntos.

Los ojos pálidos del hombre evaluaron la piedra.

—Podría funcionar—, aceptó.

Fue más difícil de lo que parecía, principalmente porque el camino era estrecho y éramos muchos; los demás tuvieron que retirarse para dejar suficiente espacio a la pareja para empujar. Las manos de Angharad estaban sudorosas y en dos ocasiones su agarre resbaló contra el metal frío, pero doblaron las rodillas y empujaron hasta que la piedra empezó a inclinarse lentamente hacia adelante. La gravedad hizo el resto del trabajo.

—Nunca falla una buena sesión de ejercicio con la muerte pendiendo sobre la cabeza—, dijo Tupoc con alegría después.

Angharad lo ignoró, pasando junto a su hombro. No llevaba linterna, pero Zenzele amablemente le pasó la suya, y ella tomó la delantera para el resto del descenso. Más piedras pequeñas aparecieron más abajo, pero no más grandes. Las probabilidades de que alguna cayera en medio del camino, como la primera vez, eran elevadas. Media hora de descenso rápido los llevó al pie de la montaña, cuya silueta alta se recortaba en la distancia, con espesos bosques extendiéndose ante ellos.

Esperó en la línea de árboles con la linterna en mano hasta que los demás alcanzaron su ritmo, descendiendo uno tras otro. Shalini, advirtió Angharad, fue la última con mucha diferencia. El cuerpo de Ishaan pesado y ella había reducido su marcha por el agotamiento de llevarlo.

—El deslizamiento no alcanzó hasta aquí—, observó Lan, quien fue uno de los últimos en llegar. —Diría que esto es tan seguro como podemos encontrar fuera de un santuario.

—De acuerdo—, dijo Lady Ferranda. —Aquí es donde trazaremos nuestro plan, si es que vamos a permanecer unidos.

—¿Hay un plan en mente—?, preguntó Tupoc encogiéndose de hombros. —No habrá descanso. Tomaremos la Prueba de las Hierbas, o moriremos en la oscuridad. Es algo simple.

Su tono era casi alegre, prueba adicional de que el hombre era medio loco y medio chacal. Peor aún, Angharad no estaba convencida de que tuviera razón.

—No tengo intención de unirme a la Guardia—, intervino Isabel con firmeza. —Los negros de capucho deben comprender que un desastre natural deshizo sus pruebas y les impidió buscarnos en el santuario prometido. Seguramente hay alguna manera de llegar a la guarnición.

—Puedes regresar y comenzar a excavar el fuerte—, respondió Song con seca ironía. —Por supuesto, adelante, Ruestas.

Cozme resopló. No había pasado desapercibido para Angharad que, desde la caída de Augusto, el hombre bigotudo había disfrutado abiertamente cualquier desacuerdo dirigido a la infanzona.

—Tan útil como siempre, Song—, replicó Isabel. —¿Crees que soy la única que no desea afrontar la tercera prueba? Lady Ferranda—

—Puede hablar por sí misma—, dijo la otra infanzona.

El rostro sencillo y delgado de Ferranda estaba manchado de polvo, su moño había dispersado mechones de cabello, pero sus ojos afilados destacaban y mantenía la espalda recta. Isabel, aún enrojecida, con el sudor pegándose a la frente, no estaba pasando por su mejor momento. Las dos noblecas intercambiaron miradas.

—Habla tú —dijo Isabel con confianza—. ¿No deberíamos encontrar al Vigilante, Lady Villazur? Su familia aguardará su regreso, así como la mía lo hace.

La mandíbula de la otra mujer se tensó. Ferranda permaneció en silencio durante largo tiempo, luciendo como una mujer al borde de un precipicio.

—Estoy pensando —finalmente dijo— en afrontar la tercera prueba.

La sorpresa recorrió a la mitad de ellos, Angharad no fue la menos sorprendida. ¿No había venido Ferranda a la isla para enaltecer el nombre de su familia? Y ganar el derecho a mantener un amante, recordó. Ahora que Sanale había fallecido, parecía que Ferranda Villazur no estaba ansiosa por regresar a su hogar sin él. La noble de piel oscura mantuvo su desaprobación en el rostro. Servir a tu casa solo bajo tus propios términos no era verdadero servicio, pero no era su lugar para comentar.

—Haré lo mismo —añadió Cozme Aflor con actitud casual, levantando el hombro con un quejido—. Parece que necesito un cambio de rumbo en mi carrera.

Angharad arqueó una ceja y Tupoc soltó una pequeña y agria carcajada. Brun pareció divertido también, aunque, como era su costumbre, permaneció en silencio.

—Se han acabado los Cerdan que se puede perder, así que supongo que no queda más remedio que intentarlo —sonrió Tupoc.

Los ojos de Cozme sobre él eran fríos, igual que cuando había sacado un cuchillo contra el campeón del dios de las plagas. ¿Qué tipo de hombre había sido antes de que la Casa Cerdan lo acogiera? No el tipo que aceptaba insultos sin oponer resistencia cuando no tenía un amo que le protegiera, pensó Angharad, así que aclaró su garganta para captar la atención antes de que la situación pudiera salirse de control.

—¿Hay alguno entre nosotros que no desee afrontar la Prueba de las Hierbas? —preguntó—. Excepto Lady Isabel, quiero decir.

No hubo respuesta y se dio cuenta demasiado tarde de que había cometido un error. Incluso si existieran tales individuos, dudarían al ser colocados en esa situación —estaba claro que la mayoría de su grupo quería seguir adelante, y ¿quién querría quedar solo en el bosque? Volvió a aclarar su garganta, ligeramente avergonzada por su torpeza.

—Me parece —intentó— que habrá una guarnición del Vigilante en el extremo norte de la isla, en la ciudad portuaria llamada Tres Sauces. Imagino que, dadas las circunstancias, el Vigilante no movilizaría a aquellos que alcanzan esa seguridad.

Isabel le sonrió, bella en su alivio visible.

—Eso parece un compromiso que todos pueden aceptar —dijo.

—Es un plan bonito —intervino Shalini, con el cadáver de Ishaan todavía a cuestas— pero olvidas algo. Cuando esa fortaleza en la montaña quedó enterrada, perdimos más que un santuario: perdimos a los vigías que nos revelarían en qué consiste realmente la Prueba de las Hierbas.

Hubo un silencio cargado de condena, mientras el peso de sus palabras calaba hondo. Eso, definitivamente, era un obstáculo. Song fue quien rompió la parálisis, alcanzando su bolso y sacando un pergamino.

—No podemos conocer los detalles —reconoció la Tianxi—, pero tampoco estamos completamente a oscuras. Aquí, acérquense.

Su mapa, se dio cuenta Angharad. Song lo desplegó a la luz de la linterna, y todos se agolparon en torno al papel.

—Deberíamos estar cerca de aquí —dijo Song.

Su dedo descansaba sobre un lugar pequeño y marcado en el lado norte de las montañas que atravesaban la isla—las mismas que habían cruzado sorteando el laberinto— y no muy lejos de donde estaban, Angharad vio una delgada línea gris atravesando los bosques que conformaban la mayor parte del norte del Dominio de las Cosas Perdidas.

—¿Un camino? —preguntó ella.

—No estoy segura del todo —respondió Song—, pero creo que sí. Más importante aún, pasa por aquí.

Su dedo siguió la línea gris hasta llegar a un dibujo en medio del bosque que parecía una pequeña fortaleza.

—¿Eso es un puesto de vigilancia? —frunció el ceño Zenzele.

Quizá lo sea, pensó Angharad. El camino atravesaba esa estructura y continuaba hasta la punta norte de la isla, hasta Tres Pinos.

—No lo sé —admitió el Tirador de ojos plateados—. Pero es algo, y aunque esté vacío, podemos usar los terrenos para descansar con algo de seguridad.

—No llegaremos allí esta noche —dijo Ferranda.

—A menos que marchemos durante la noche —contestó Tupoc—. No odio la idea, pero no tengo duda de que quejarse será inevitable.

Él echó un vistazo a Shalini, que le devolvió la mirada con expresión desafiante.

—Al menos deberíamos avanzar otra hora —propuso Angharad—. No sé si en esta parte de la isla hay cultistas, pero si los hay, seguramente el alboroto del deslizamiento de tierra los habrá alertado.

Ella lanzó una mirada rápida a Tupoc, quien encogió los hombros.

—Solo me enfrenté a una partida de guerra y a su obispo —dijo la Izcalli—. De ellos deduje que la isla tiene tribus rivales, pero no dónde podrían habitar.

—Los abismos son una cosa —explicó Lan con facilidad—, pero en los bosques habrá lemures y muchos de nosotros estamos sangrando.

—Entonces, seguimos avanzando hasta encontrar refugio defendible —sugirió Angharad—. Vigilaremos toda la noche.

Todos asentaron con la cabeza. Hubiera preferido continuar hacia el posible puesto de avanzada, pero era cierto que aún podrían tomar horas, y gran parte de su grupo estaba herido, exhausto o ambas cosas.

—Eso será muy interesante —observó Tupoc.

Ella le dirigió una mirada de reprobación, reacia a darle pie a su curiosidad, pero él contestó igualmente.

—¿Has olvidado —dijo la Izcalli— que el asesino aún anda entre nosotros? Me pregunto si *despertaremos* con otro cadáver.

El ambiente se tornó más esperanzador, pero aquella recordatoria lo ensombreció completamente, lo que solo incrementó la diversión del hombre. Con aquella oscura verdad pendiendo sobre ellos, se adentraron en el bosque, con la conversación apagada como una vela que se apaga por azar. Ahora, cada hoja que temblaba en el viento parecía un lobo hambriento, y cada vez que uno de ellos se acercaba demasiado a otro, sus espaldas se tensaban ante el temor de un cuchillo. Peligros internos y externos, pensó Angharad.

No lograba decidir en qué debía ser más precavida.

—

A los quince minutos de comenzar, Angharad ya estaba harta de andar por el bosque.

En su tierra natal, el resto del reino solía hablar del Peredur como una tierra prístina, exenta de las cicatrices de la industria, sin fábricas ni fundiciones. Las Izinduna visitaban la High Isle para cacerías y retiros privados. Sin embargo, esa conversación giraba en torno a las tierras del interior del ducado, a los antiguos Brenhinoedd —los 'Reinlandes'. La propia Llanw Hall, en la costa, y sus litoral rocoso eran simplemente inadecuados para esas actividades. Como la mayoría de los nobles costeros, lo más cercano que su madre había llegado a cazar un ciervo era enviando longanizas de venado hacia Port Cadwyn.

Su padre había sido un cazador experto, como era habitual en la alta sociedad, pero lamentablemente Angharad nunca le aceptó las ofertas de aprender esa habilidad. Quizá si lo hubiera hecho, habría desarrollado un amor por los bosques en lugar de un odio profundo y creciente. Estaba harta de caminar tropezando con raíces y que las ramas le azotaran la cara, cuando Tupoc—fiel en su mezquindad—esperaba hasta el último momento para soltarlas. Tras

recibir un golpe bastante indecoroso en el pecho por una rama, Angharad cedió su lugar a Ferranda, por temor a que la tentara a atravesar al Izcalli. —¿Por qué?, —exclamó él, jadeando—. ¿Por qué, Tredegar? Ella lo miró a los ojos y respondió: —Mi pecho, animal miserable, que ramas te azotaron esa parte.

Decidiendo que las fantasías vívidas de asesinato quizás eran una señal de que su paciencia estaba llegando a su fin, Angharad retrocedió suavizando sus pasos y dejó pasar a Ferranda. Cozme, también, ya que no deseaba acompañar al hombre. Eso la dejó junto a Lord Zenzele, quien no solía hablar mucho y frecuentemente miraba atrás con preocupación hacia Shalini. Ella seguía siguiendo tras ellos, aunque Brun hacía un esfuerzo por disminuir su ritmo para que siempre tuviera a alguien en vista. Un buen hombre, Brun.

Se sintió tanto alivio como dolor al llegar a la senda señalada por Song en el mapa, un pequeño camino de tierra apisonada que estaba en mal estado pero aún transitable. Para Shalini era más fácil caminar por la carretera, aunque también aceleraba su paso en general. Cuando el reloj marcaba casi la medianoche, el pistolero parecía al borde del agotamiento y Angharad compartía con Zenzele las miradas de preocupación.

“No sé nada sobre las costumbres funerarias de Ramayan,” susurró. “¿Le molestaría si ofrezco mi ayuda?”

“Ella es someshwari, Tredegar,” respondió Zenzele con brusquedad. “Se ofenden por los acentos del otro.”

Lo cual era cierto, aunque algo grosero decirlo en voz alta. Era una vieja broma en Malan que, aunque todos los someshwari consideraban que eran un imperio, ninguno había llegado a ponerse de acuerdo sobre quién debería gobernarlo.

“Ella no puede soportar mucho más esto,” dijo Angharad. “Mira cómo le tiemblan las piernas.”

“Podríamos hacer una camilla con palos y mantas,” sugirió Zenzele. “No diríamos nada, simplemente sería imposible usar una sola de esas por sí sola.”

Ella le lanzó una mirada de reojo.

“Sostén solo la parte delantera y arrastra la trasera por el suelo después de atar el cuerpo,” propuso.

El hombre pareció ligeramente avergonzado, y bien haría en estarlo si consideramos que había sido una mentira superficial, una mentira por ignorancia o falta de previsión, y no una falsedad intencionada. Sin embargo, incluso las mentiras superficiales eran suficientes para empañar el honor si se practicaban habitualmente.

“Usar una de esas cosas solo y bien,” corrigió.

Eso era cierto. Angharad asentó con aprobación.

“Puedo ceder mi manta de dormir para el trabajo,” ofreció, “pero necesitaremos—”

“¡Alto!” llamada proveniente de adelante.

La voz de Song. Tras echar una última mirada a Shalini, la Pereduri avanzó al frente de la columna, donde otros se estaban agrupando. Song, alzando su linterna, se detuvo junto al costado del camino y proyectó su luz sobre un sendero que conducía a un pequeño claro. Esto no hubiera sido suficiente para justificar una parada, de no ser porque el borde del claro estaba tocado por una pequeña colina desde la cual se alzaba una torre en ruinas, revelada por el frío brillo de las estrellas. Un grueso y robusto octágono de piedra que se levantaba, con su techo extinto y amplias escaleras que conducían a una puerta entreabierta en la mitad de su altura. Unas buenas espadas podrían defender esas escaleras durante una hora, pensó Angharad.

“Un lugar muy adecuado para acampar,” dijo la noblewoman. “Es un hallazgo excelente, Song.”

“Yo tengo buen ojo para esas cosas,” respondió la Tianxi con un tenue toque de ironía.

Algunos risas. Antes se sabía que el contrato de Song tenía que ver con sus ojos plateados, pero la forma en que había visto a través de ilusiones en la fortaleza-templo y más tarde al ayudar a Ferranda en la Vía de la Tarifa, lo convertía en un conocimiento público. En cierto modo, pensó Angharad, esa era la mejor protección para lo que el contrato de la Tianxi realmente podía hacer. ¿Por qué preguntarse si podía ver contratos cuando ya podía ver a través de ilusiones y más allá de la neblina de oscuridad?

“Gracias por tus esfuerzos, ama Ren,” dijo Cozme Aflor, mostrando un aire de galantería fingida. “¿Nos ponemos en marcha? Creo que todos agradeceríamos un descanso.”

Angharad quizá no apreciaba especialmente al hombre, pero no podía negar la verdad.

--

Todos aportaron sus provisiones sin protestar, lo cual contrastaba agradablemente con la Tercera Prueba de Líneas.

A juzgar por la cantidad de alimentos, tenían suficiente para dos comidas, incluida la que estaban a punto de compartir. Ninguno había traído mucho, pues confiaban en que el santuario al otro lado del laberinto les proporcionaría suministros frescos. El agua, en cambio, debía durar más que eso, al menos durante el día siguiente, y estarían atentos a los arroyos en el bosque.

Aunque era un riesgo, decidieron encender una hoguera: era la manera más segura de mantener alejados a los animales. El interior de la torre era seco y lo suficientemente espacioso para que todos pudieran congregarse alrededor de la llama, manteniéndolos cálidos durante la noche, y podrían disfrutar de una comida caliente tras las pruebas del día. Además, varios necesitaban limpiar heridas y, aunque Angharad no era médica, sabía que, en ausencia de alcohol, el agua hirviendo era la mejor alternativa.

Mientras repartían las tareas con cierta eficiencia, la noble Pereduri se ofreció a recoger leña. Conocía lo básico en el arte de la madera, aunque poco más, y estaba dispuesta a dejar esas tareas en manos de quienes estaban mejor preparados para ello. No era un trabajo humillante, aunque Tupoc intentaba dar a entender lo contrario con su sonrisa burlona. ¿Acaso no le habían enseñado que la mejor espada debe ir en la mano más hábil? No era tan arrogante como para creer que siempre sería ella la mejor.

Aun así, el hombre resultaba lo bastante irritante como para que ella avanzara sin escuchar quién más acudiría a la tarea. Era un corto descenso por las escaleras, incrustadas en la ladera de la colina, desde donde partía hasta el claro. El bosque, seco, ofrecía muchas ramas y troncos, por lo que Angharad remangó las mangas y se puso a trabajar. Pasaron unos minutos, mientras sumaba a la pila de leña junto a la base de las escaleras, cuando notó que alguien se acercaba. Giró al escuchar pasos y vio una silueta reflejada en la luz de la luna.

En aquel resplandor fantasmal, los elegantes rizos y los ojos verdes de Isabel Ruesta parecían casi etéreos, la belleza inaccesible de un espíritu en la oscuridad. Y, a pesar del cansancio evidente y las lágrimas contenidas, Isabel era, sin duda, una mujer hermosa. La noble Pereduri se enderezó al verla.

“¿Qué te ha ocurrido?” preguntó.

Isabel negó con la cabeza, bajando por las últimas escaleras.

“No es nada,” dijo. “Vine a ayudarte, no-”

“Las lágrimas no son nada,” dijo Angharad suavemente.

Colocó una mano reconfortante sobre el brazo de la infanzona. Isabel dudó un instante.

“Ferranda está siendo bastante odiosa,” admitió al fin. “Y Cozme no hace más que sumar en su favor.”

“Hay límites en las concesiones que otorga el dolor,” refunfó la noble. “Ferranda debería comportarse con respeto.”

“¿Quién se lo exigiría?” Isabel soltó una carcajada amarga. “Ya no queda nadie que me valore en lo más mínimo, Angharad. Recardo, querido, ni siquiera llegó a la isla, y mis doncellas...”

Tembló, las lágrimas plateadas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Angharad la sostuvo cerca, Isabel luchó por medio suspiro antes de sollozar contra el pecho de la Pereduri.

“Eran como mi familia,” susurró la mujer de cabello oscuro. “Las he conocido desde que era una niña. Beatris se parecía tanto a mí en nuestra infancia que podrían haber sido gemelas, y Briceida... Dioses, Briceida solo vino a la isla para que pudiera ayudarla a casarse con su amado.”

Un suspiro más, mientras Angharad le masajeaba la espalda.

“Y ahora ella está muerta”.

“Todo estará bien”, susurró ella consolando.

“No lo estará”, murmuró Isabel. “Me desprecian allí dentro, Angharad, y después de contarles sobre mi contrato seguramente discutirán que debo ser expulsada y—”

La advertencia de que la infanzona en sus brazos no era simplemente una niña bonita fue como ser rociada con agua fría. Angharad casi se apartó, respirando con intensidad. ¿Son mis pensamientos propios? Isabel le había dicho que las emociones la hacían usar su contrato en su contra muy bien.

“¿Isabel?”, dijo lentamente, “¿estás...”

La mirada de Isabel se llenó de lágrimas mientras asentía con la cabeza.

“Estoy luchando para controlarlo”, juró la infanzona. “Es difícil, pero lo estoy logrando.”

Un momento pasó mientras Angharad revisaba sus sentimientos, descubriendo que aún seguía desconfiada a pesar de esa seguridad. Irónicamente, eso fue lo que la llevó a decidir que Isabel decía la verdad. Si estuviera bajo la influencia del contrato, no tendría esas dudas. Lentamente, se retiró del abrazo, dejando que la cabeza de Isabel descansara en su hombro. Sin hacer caso a esa calidez, Angharad delineó en su mente los límites del honor. Era, descubrió, un asunto delicado.

“Nuestro pacto era que revelarías tu contrato cuando llegáramos al siguiente santuario”, finalmente dijo la Pereduri. “Es un acto de honor que cumplirías con tu parte del trato, pero no necesitas hablar hasta que lleguemos allí.”

Quizá, pensó Angharad, Isabel tenía razón y sería expulsada si revelaba su contrato. No era la tripulación de Angharad, su palabra no era ley entre el grupo de sobrevivientes. No forzaría a la infanzona a una muerte casi segura contra lo pactado, solo porque el camino al santuario tomara más tiempo del esperado. Seguiría respetando la otra parte del acuerdo, revelando cualquier cosa si sospechara que Isabel usaba su contrato con alguien más. Si fuera ella, pensó Angharad, no habría sido expulsada de la torre entre lágrimas.

“No quiero volver a romper la confianza entre nosotras”, susurró Isabel.

Había levantado la cabeza, así que en lugar de murmurar contra la camisa de Angharad, su aliento fue un susurro cálido contra el cuello de la Pereduri. Miró hacia abajo, encontrándose con sus ojos. El leve enrojecimiento dejado por las lágrimas resaltaba más aún el intenso color de los ojos de la infanzona, y antes de poder pensar demasiado, se inclinó hacia adelante. Los labios de Isabel estaban cálidos contra los suyos y se dejó caer en los brazos de Angharad como si siempre debiera haber estado allí. El beso despertó una avidez en su interior, y pronto Angharad la acercó más, con la mano en su cintura, mientras — Isabel se apartó, con la respiración agitada.

“Lo estoy”, comenzó, luego vaciló. “Mi control podría fallar si seguimos así.”

Angharad casi se ríe. Como si el deseo no estuviera ya haciendo que sus manos se aventuraran, que tiraran de esas sedosas bragas y lograran que Isabel soltara jadeos de sus labios hinchados. El contrato no podía exigirle más que lo que ella ya quería hacer.

“Déjalo,” respondió, empujando a Isabel contra un árbol.

Asegurándola contra la corteza, se inclinó hacia adelante, mordisqueando su cuello, y sus dedos comenzaron a recorrer suavemente sus piernas hasta que — la sonidos de un carraspeo le detuvo, un escalofrío recorrió su espina dorsal. Se volvió para encontrar a Song en las escaleras, con su mirada plateada fría. Se apartó, forzándose a no actuar rápidamente, como si fuera una niña sorprendida robando en la despensa.

—“Canción”, dijo ella aclarándose la garganta—. No pensé que tú fueras a—

—Ni yo—, replicó Song con severidad—. Una noche llena de decepciones, parece—.

Isabel alisó su doblote, luciendo arrepentida.

—Solo me estaba consolando—, dijo la infanzona—. Por favor, no—.

—Me parece que tú ya estás bastante consolada, Ruesta—, dijo la Tianxi—. Lo mejor será que termines de recoger leña sola, mientras Angharad se encarga de la otra mitad del trabajo.

Los labios de Angharad se estrecharon. No le agradaba que le hablaran con tanta condescendencia como si fuera una tonta, pero no ignoraba que, en cierto sentido, había incumplido su promesa a Song: había prometido no hablar con Isabel en soledad, y aunque no buscó la conversación, la permitió, incluso la alentó. Como le hubiera gustado guiar desafiante a Isabel a través del bosque en vez de quedarse callada, sería un golpe a su honor.

—Lo que discutimos se mantiene—, le dijo a Isabel. —Pero Song puede tener razón en lo otro.

Isabel apartó la vista, parecía ofendida y con razón. No fue digno de Angharad comenzar algo y luego negarlo, aunque el honor así lo exigiera. Con la sensación marcada de que se estaba retirando sigilosamente, Angharad empezó a recoger su pila de leña, llevándola a la torre. Pasó junto a la fría mirada de Song, que permanecía fija en Isabel, y en la segunda travesía, la infanzona ya había entrado en el bosque en busca de más madera. Song no pronunció palabra, y Angharad no se sentía con ánimo para desafiar aquel silencio helado.

La incomodidad permaneció con ella al terminar. Shalini se encontraba sentada entre Ferranda y Sanale, las tres juntas en un intento por sacarle una sonrisa, mientras en la esquina opuesta Brun y Yaretzi conversaban en silencio. Angharad quizás hubiera compartido aquel espacio con Song, si no fuera por lo ocurrido afuera. O quizás con Isabel, si no fuera por lo mismo. Su falta de contención le había costado en ambas ocasiones.

Por un instante, pensó en sentarse con Yaretzi y Brun para recuperar algo de camaradería, pero el pensamiento se tornó agrio en su boca: Yaretzi, había oído, quizás no se llamaba así en realidad. Según Isabel, era mucho más baja de lo que la Guardia había informado, quizá una impostora.

Desechó ese pensamiento y, en su lugar, buscó su lecho. Si no podía tener compañía, al menos podría descansar.

Era una afrenta adicional darse cuenta de que Tupoc probablemente pensaba igual, y se quedó dormida molesta.

—

Angharad despertó por completo al escuchar el tercer disparo.

Al buscar su espada con prisa, feliz de haberse dormido con las botas puestas, la Pereduri la arrancó del vaina justo cuando un farol estalló en llamas brillantes. Lan cayó al suelo gritando y dándose vueltas, intentando apagar su ropa, y Angharad se ocultó tras la pared mientras otro disparo atravesaba la puerta. Cozme estaba del otro lado, con un pistón en la mano, asintiendo a ella mientras el resto del grupo se apuraba. Seguro que él era quien estaba de guardia cuando atacaron los enemigos—hollows, asumió ella—.

—He contado al menos cinco mosquetes—, dijo el hombre de bigote—. Primero golpearon los faroles, pero no han intentado acercarse más.

Angharad frunció el ceño. Eso era extraño, dado que la secta del Ojo Rojo estaba obsesionada con tomar prisioneros para sacrificarlos.

—¿Viste cuántos eran?—preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Se permanecieron en la oscuridad—dijo Cozme—. Sin luces.

Detrás de ellos, Song ordenó a quienes llevaban mosquetes que flanquearan la puerta y al resto que reuniera sus pertenencias en caso de que fuera necesario huir, y una oleada de gratitud surgió en Angharad por su intervención. La mirada que lanzó por encima de su hombro reveló un peligro inminente tras asegurarse de que Lan ya no estaba en llamas: con el fuego aún ardiendo, no estaban sin luz, pero de las tres linternas que les quedaban, solo una había sido alcanzada por una bala. La de Zenzele, vio, lo cual era de mala suerte. La que menos aceite contenía.

El hombre en cuestión se unió a Cozme al otro lado de la puerta, mientras Ferranda se refugiaba tras Angharad.

—¿Se acercan?—preguntó la infanzona en un susurro.

Cozme arriesgó una mirada por la abertura, luego retrocedió apresuradamente y negó con la cabeza.

—Nada—dijo.—Podrían estar—

(Angharad bajó las escaleras lo más rápido que pudo, disparos iluminando los bosques—uno, dos, tres, seis—y llegó al claro antes de que comenzaran a sonar los aullidos, los perros cargando hacia afuera.)

Respiró superficialmente, ignorando el resto de lo que Cozme había dicho. Los cultistas habían traído perros de guerra, por eso no habían intentado aún abrir la puerta. Los Malani usaron esas tácticas en tiempos antiguos, en los viejos tiempos de Vesper—perros desatados antes del avance para asustar y dispersar a las filas enemigas. ¿Debería advertir a los demás? No se le ocurría manera de hacerlo sin revelar su pacto.

—Angharad.

Song, escondida tras ella mientras los demás terminaban de preparar sus pertenencias—Brun e Isabel lo hicieron rápidamente, pero Lan aprovechó la oportunidad para revisar las bolsas de todos—le entregó el abrigo que había dejado y su cinturón con la espada y la vaina. Angharad asintió agradecida, colocándose el abrigo mientras Ferranda ocupaba su puesto junto a la puerta.

Hace un mes, esa capa le parecería insignificante, pues no era un regalo de su familia en un sentido que fuera más allá del dinero de su madre que lo había pagado, pero después de ser cortada y disparada tantas veces en ella, había llegado a quererla con cierta ternura. Más importante aún, pensó mientras ajustaba su cinturón, esta era una oportunidad.

Había pasado su espada a Song para tener ambas manos libres en el cinturón, y al recuperarla, se acercó para inclinarse y hablar en voz baja.

—Tienen perros—susurró—. Conté seis armas.

Song asintió discretamente y no fue necesario decir más. El Tianxi se deslizó entre Ferranda y tomó un largo vistazo, solo retrocediendo cuando un cultista en el bosque disparó. El sonido y la espesa columna de humo hicieron que todos retrocedieran a refugiarse, y Song carraspeó después.

—Conté doce—dijo—. La mitad con mosquetes, la otra mitad con perros atados con correa.

Se escucharon múltiples maldiciones.

—Doce no son tantos, incluso con perros—opinó Zenzele—. Podemos romperlos.

—¿Tú te ofreces como voluntario para ser el primero en bajar las escaleras, mi señor?—preguntó Brun con ironía.

El Malani titubeó.

—Iré yo—intervino Angharad—. Pero primero debemos decidir si luchamos o huimos. Esto me huele a una trampa: si tienen perros, ¿por qué todavía no los han soltado para excavarnos?

“Deben ser exploradores,” gruñó Ferranda con aprobación. “Lady Angharad tiene razón, podrían estar tratando de mantenernos aquí hasta que llegue el resto del grupo y puedan asaltar la torre.”

Varios estuvieron de acuerdo con ella tras un momento de reflexión, y la familiaridad de la conversación fue lo que hizo que Angharad sintiera que algo no estaba bien. Nadie había sido provocado ni insinuado a ser un cobarde, entonces ¿qué era...? Encontró a Tupoc muy quieto, de espaldas a la pared, con los ojos pálidos e fijos en un punto directo delante de él, con una expresión extraña en su rostro. Angharad pensó que tal vez estaba tocado por algún pacto, por un instante, hasta que se dio cuenta de que no era un pacto lo que lo paralizaba, sino algo mucho más simple. Miedo. Esa expresión extraña, era miedo.

Lo más absurdo de todo fue cuando vio lo que finalmente había detenido a Tupoc Xical: colgado de un hilo desde el techo roto de la torre, había una pequeña araña frente a él. La araña se elevó una pulgada, y el imperturbable Izcalli dio un salto, intentando acercarse más a la pared. Angharad sintió cómo le subía una carcajada incredula por la garganta al pensar en un hombre que constantemente buscaba la muerte, temblando ante una araña más pequeña que su pulgar, pero luego volvió a cuestionarse. ¿Sería esto simple miedo, o algo más profundo?

Los espíritus conceden favores, pero también exigen un precio.

De todos modos, ella todavía tenía un uso para Tupoc Xical. Ágilmente, extendió la mano y atrapó a la araña, aplastándola. Los hombros del Izcalli se relajaron de inmediato, pero en sus ojos apareció una nueva especie de cautela al cruzar la mirada con la de Angharad. Oh, sí, pensó ella. Sin duda, había un precio.

Ella apartó la vista primero, pero no se sintió en absoluto como una derrota.

“- Que disparen las flechas, y que los que tenemos mosquetes descarguemos una andanada sobre los perros”, dijo Song. “Luego, nos dirigiremos hacia la carretera, hacia el puesto avanzado, lo más rápido posible.”

“¿Realmente Lady Angharad está dispuesta a lanzarse sola al combate?” preguntó Brun. “No he escuchado eso de ella.”

“Estoy dispuesta,” afirmó ella, dando un paso adelante. “Aunque una vez que los cultistas malgastan sus disparos en mí, espero que otros se unan en la lucha.”

“Yo estaré justo detrás de ella,” dijo Tupoc con facilidad. “No te preocupes por tu hermosa cabeza, Sacromontana.”

El hombre de cabello rubio parecía querer poner los ojos en blanco, pero no dijo nada.

“Si estamos de acuerdo,” dijo Song, “entonces debemos tomar nuestras mochilas y prepararnos para la pelea. No se sabe cuánto tiempo nos queda antes de que lleguen el resto de los cultistas.”

Ninguno discutió esa idea. Song, pensó Angharad, tenía un talento para pensar con claridad en ese tipo de situaciones. Las cualidades de un capitán, aunque ella ocultaba demasiado sus pensamientos para ganarse fácilmente la confianza de otros. Angharad regresó a sus asuntos, solo para que Lan amablemente se ofreciera a cargarlos por ella, mientras ella correría. Aceptó la oferta de la otra mujer con gracia, sintiéndose algo desorientada mientras los demás se movían a su

alrededor. La otra que había terminado pronto era Yaretzi, cuyo nombre podría no ser realmente Yaretzi, y que ya tenía preparada su mochila.

Ambas permanecieron en silencio, hasta que a Angharad se le ocurrió algo.

“¿Podría hacerte una pregunta sobre los espíritus Izcalli, si me permites?” susurró ella.

Yaretzi levantó una ceja.

“Solo sé algunas cosas, pero adelante,” respondió.

“¿Existe uno,” preguntó, “que tenga fuertes lazos con las arañas?”

La Izcalli, cuyo nombre quizás no fuera Yaretzi en absoluto, levantó una ceja y lanzó una mirada de especulación a Tupoc. Angharad might grimace in disgust. Quizás no había sido una pregunta tan sutil como pensaba.

“Muchos pequeños dioses,” dijo Yaretzi, “pero entre los grandes solo puedo recordar al que otorga la tumba. Sus mensajeros favoritos son criaturas de la oscuridad: murciélagos, búhos y arañas.”

“¿Y en qué comercia este Otorgador de la Tumba?” preguntó Angharad.

“En muerte y orden,” respondió ella. “Su juicio determina dónde la Círculo Perpetuo enviará un alma para que vuelva a nacer.”

Solo otro espíritu jugando trucos, pensó mentalmente el Pereduri. La Círculo era obra del Dios Durmiente, mucho más allá de lo que unos simples espíritus podrían influir. Aun así, se decía que algunas entidades en el continente podían entrometerse en asuntos de la muerte, en los momentos previos al regreso de un alma al Círculo. Quizá este Otorgador de la Tumba fuera uno de ellos. Aunque, pensó, ¿qué habría querido una entidad así con Tupoc? No puedo imaginarlo.

Yaretzi parecía querer hablar más sobre ello, pero Angharad se ahorró la necesidad de evasivas cuando los últimos preparativos llegaban a su fin.

“Formense,” llamó Song. “Hemos terminado.”

Angharad asintió en despedida a una triste Yaretzi, apoyando la mano en su espada, y se dirigió hacia la entrada. Tupoc esperaba al otro lado de la brecha, listo para seguirla. Song, con el mosquete cargado y en posición, la buscó.

“¿Lista?” preguntó el Tianxi.

Ella asintió.

“¿Y tú?” preguntó ella.

Song asintió en respuesta.

“Entonces,” dijo Angharad, “no perdamos más tiempo.”

Tomando aire, desenvainó su espada y salió corriendo por la puerta.

--

El primer disparo llegó antes de que diera su segundo paso fuera.

Angharad no se estremeció ni ralentizó su marcha, sabiendo que eso significaría la muerte. La bala impactó contra la piedra mientras bajaba las escaleras, rebotando salvajemente. Salieron dos columnas más de humo, y ella se inclinó en la carrera, casi cayendo al frente en lugar de seguir corriendo, y sintió algo pasar zumbando a su lado, mientras el otro disparo fallaba por poco. Tres, contó, y siguió corriendo. A la mitad del descenso. El cuarto disparo no iba dirigido a ella, traicionero y muy atrás, y revelaba que Tupoc la seguía de cerca. El quinto vino de la derecha, con el humo pasando junto a las ramas retorcidas de un árbol, y Angharad gritó al sentir calidez y dolor florecer en su mejilla.

Tropezó hacia adelante, aterrizando en una caída en espiral en la base de las escaleras, mientras el sexto disparo era silenciado por los ladridos de los perros sueltos.

Sólo que el disparo había venido desde atrás, no desde adelante, y a unos diez pies de ella, un cultista gritó al ser alcanzado en el pecho por una bala. Su mosquete cayó al suelo, disparando sin rumbo, y ella respiró aliviada al ver que la sangre empezaba a fluir por su mejilla. Los perros salieron de los bosques, una marea de dientes y furia, y ella se levantó con su espada en mano sin vacilar. Sobre ella, se escucharon disparos, la andanada que Song había organizado, derribando a la mitad de los perros con un solo disparo, pero otros proyectiles perforaron los árboles y el suelo a su alrededor.

Un latido más tarde, Tupoc estaba a su lado, con la lanza girando perezosamente, y otro latido después, el caos tomó el control.

Angharad saltó hacia atrás, atravesando la cabeza de un perro con su lanza, mientras Tupoc apartaba a otro con la parte inferior de su lanza y pateaba a un tercero en la cabeza. Un disparo desde adelante, maldiciones desde el bosque y después, la refriega la sumió por completo. Cultistas emergían de los árboles, con hachas y espadas, gritando gritos de guerra en su lengua extraña, mientras Tupoc reía y Angharad gruñía. Los dientes desgarraban su capa y ella convirtió un golpe de hacha en atravesar a un hombre, sacando su espada con un quejido mientras el resto del grupo bajaba por las escaleras tras ella.

Vinieron por ella con fervor, como si fuera un campo de prueba, y Angharad los enfrentó con una concentración fría: rostros marcados con aquel extraño ojo rojo brillaron uno tras otro, los disparos iluminando la oscuridad mientras ella desgarraba la cara de un hombre y atrapaba la muñeca de una mujer antes de que su hacha pudiera atravesarla por el costado. Lanzó al portador del hacha a un lado, en dirección a Cozme —quien abrió su garganta con un cuchillo sin pestañear— y, de repente, de alguna forma, los cultistas comenzaron a retroceder. Corrieron de regreso hacia el bosque.

Pero no todos habían salido con armas cortantes: se escuchó un disparo desde lo más profundo del bosque, seguido de otro desde la torre un segundo después.

Angharad se agachó, aún con poca experiencia en esas circunstancias, pero no fue ella a quien apuntaron. Un grito llegó desde atrás, y ella se volvió para ver a Brun inclinada sobre una silueta caída. El corazón de Angharad dio un vuelco en su pecho. No, pensó. No. Solo ella debió haberlo dicho en voz alta, pues los demás se apartaron a su alrededor mientras ella avanzaba. Tropezó hacia adelante, con sangre goteando por su hoja y mano, y se arrodilló en la hierba junto al cuerpo caído.

La mitad del rostro de Isabel Ruesta era una ruinosa herida rojo carmesí, la bala le había atravesado un ojo.

Debe haberse girado por la muerte, pensó Angharad, porque miraba en la dirección equivocada: la torre en lugar de su asesino en el bosque. Brun puso una mano en su hombro.

“Debemos movernos, Lady Angharad,” dijo el hombre. “Los cultistas se rindieron demasiado fácil, el resto de su banda debe estar cerca.”

“Tiene razón.”

Song bajaba por las escaleras con su mosquete en mano. Su rostro era una máscara impasible, sin revelar nada de sus pensamientos. Angharad sabía que no le caía bien Isabel, pero debía haber sabido que no era momento de hablar de eso ahora.

“Ahora corremos o morimos,” continuó la Tianxi con serenidad. “Despídete, pero no te detengas. Está detrás de ti, y tienes la vida por delante.”

Una crueldad, pensó Angharad, aunque dicha con bondad. Lo decía para que los demás no lo hicieran. Miró hacia el cuerpo que fue de Isabel, apartó los rizos que cubrían la herida y tragó saliva. Recordó aquella primera noche en la Bluebell, cuando vio a la infanzona de pie en el puente, como una joya sobre una corona de estrellas, y se permitió sentir dolor. Cerró el ojo que le quedaba, limpiándose una lágrima que apenas había formado, y se levantó. Vio a Shalini, que llevaba otra vez sobre su espalda el cadáver de Ishaan.

Angharad dejó a Isabel Ruesta en su último incendio, dejando que ella ardiera, y en su espalda cargaba ahora el peso de otro fracaso.

--

La linterna de Zenzele se apagó media hora después.

Avanzaron tambaleándose en la oscuridad durante lo que pareció horas, pero que pudo haber sido cualquier cantidad de tiempo —el cansancio alargaba segundos en minutos, cada respiración una odisea. Solo los ojos infalibles de Song evitaron que vagaran sin rumbo, la Tianxi segura y ágil como un gato, guiándolos a través de un mar de árboles imponentes y siluetas amenazantes. Habían dejado atrás el camino de tierra batida, temiendo que los cultistas los cazaran por allí.

Con los miembros ardiendo y los ojos llorosos, Angharad se obligó a seguir de cerca a Song. Solo cuando llegaron a una colina empinada, aferrándose a raíces y piedras, los pasos de la Tianxi finalmente se detuvieron. No hacía falta preguntar por qué: en la distancia, sobre el dosel de los árboles, ardían luces pálidas, altas y orgullosas.

"La avanzada," exhaló Angharad. "Si es que eso es."

"Lo es," respondió Song, "solo hay una forma de averiguarlo."

La promesa de un final en el camino, de una aparente seguridad, devolvió las fuerzas a sus cuerpos cansados. Aumentaron el ritmo tanto como pudieron, con Shalini nuevamente retrasada. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, la luz empezó a proyectar sombras, y arriesgaron volver a la tierra batida del camino. Esto acortó el último tramo de su travesía, hasta que por fin sintieron cómo la luz impregnada de resplandor les bañaba la piel otra vez. Entornando los ojos para evitar el deslumbramiento, Angharad notó que no miraba una fortaleza.

En la cima de una colina plana se alzaba una sólida empalizada rodeada por faroles aún más altos. A través de las puertas abiertas, la noblevena observó los restos de un pequeño pueblo: casas y comercios, calles empedradas e incluso algún tipo de gran salón. Y había personas en su interior, moviéndose con quietud. También más cerca, ya que fuera de las puertas abiertas dos hombres vigilaban con tunicas acolchadas y coraza, sosteniendo los mosquetes con desgano. Sin embargo, no eran ellos quienes atraían su mirada, ni siquiera el pueblo en sí mismo.

A lo largo del último tramo del camino hacia las puertas, dos docenas de estacas de madera se habían erigido a ambos lados. La mayoría estaban desnudas, pero nueve lucían cuerpos empalados cuya piel era demasiado pálida para ser algo más que oscuridades. Algunos de los muertos todavía tenían heridas frescas, con sangre que aún goteaba.

"Bueno," musitó Tupoc, "parecen unas personas encantadoras. ¿Nos presentamos?"

No era, pensó Angharad, como si tuviera muchas opciones. Acercarse a la ciudad o volver a enfrentarse a los cultistas. Deseaba proyectar su mente hacia adelante, buscar visiones de lo que sucedería si avanzaban, pero ya había quemado su vela demasiado brillante. De continuar así, ella sería la que terminaría siendo consumida.

Tendrían que hacerlo a la mala, en su lugar.

"Vamos," respondió Angharad, y dio un paso hacia la luz.